

mudas para el paño de la cara, aderezo para las manos, con que aderezan su bolsa, y otros mil badulaques que debajo de aquella saya, alcahueta de trastos supersticiosos, trae, que por no cansarte no nombro. Rióse Onofre, y dijo: Juan, ¿dónde has estudiado tanta droga? A lo que Juanillo prosiguió diciendo: ¿Desto te espantas? Otro ejercicio usan algunas, peor que este, por lo que merecen castigo grande, que el que aquel hombre las dió no equivale á lo merecido de sus habilidades, y para que los sepas todo, atiende.

Usan las malas, en achaque de quitar el vello ó el vellon, que á solo él llevan la mira, el ser corredoras de deseos, y vendedoras de quietudes. Entran en una casa, donde la simple doncella que la conoce la envió á llamar, doncella de las que el deseo de ser madres las trae inquietas. Mira de buena gana á un caballero de los que llaman pisaverdes, que es lo mismo que bestias en prado, no mas de porque la miró, y no sabiendo cómo enviarle á decir lo bien recibido que está en su corazon, se allana y facilita por medio destas santas mujeres, pues con su achaque de rapar, rapan la honra, sin atender al fin que puede tener, no mirando mas de su provecho, chupando á cada uno de por sí cuanto pueden; y suelen usar esta corrección en casas donde hay marido que no repara en nada; y no cesa aquí su maltrato, que tambien, para quitar mejor el dinero á las simples cordilleras, se fingen que saben la diabólica invencion; y para que lo crean, traen en una bolsa al lado de su falso corazon unos palillos, y en cada uno pintada la figura que las parece, con una mistura que hacen de alumbre de roque, batida con agua, con que pintan cosas que no se ven si no echan en el agua. Llaman á la mujer simple en parte que la soledad las haga compañía, y dicenla: Fulano te adora, y por tí se muere, y si le quieres ver, yo me atrevo á que lo logres al punto.

¿Cómo puede ser? dice la mujer. Y el astuto engañador pide que traiga un caldero de agua. Va la simple mujer por él; y en el interin saca la embustera un papel, donde trae pintada de infame mano una figura que parece de hombre; enséñala el papel blanco, y luego le echa en el agua, y se ve lo pintado; espántase de lo que admira, y no del demonio que lo hace; saca luego unos naipes, que dice es una baraja que arrojó colérico un tahir, y que así han de ser para la suerte que pretende hacer; y con ellos forma unos juegos con que emboba á la simple mujer. No excusan hacer otros embustes, con que dice que no la olvidará, valiéndose de monedas arrojadas y cosas semejantes.

Doncella recogida, mujer soltera ó casada, atended á todo, y haced reparo en los trastos de que se vale esa mujer para hacer sus enredos. De unos naipes que un blasfemo arrojó, naipes malditos; de una moneda arrojada con maldicion, todo maldito; de la boca de un ciego y dormido á los preceptos de Dios. Pues ¿por qué crees que cosa con maldicion haga nada de provecho? Si es Dios solo el que mueve las voluntades, ¿por qué te persuades á que las mueve el enredo y la infamia de esa mujer al parecer, que sus obras de demo-

nio son? Abre los ojos de la razon, y no creas que cosa alguna puede obrar sin Dios, y que donde hay pecado no habita, porque Dios es gracia; y gracia y pecado no los junta su inmenso poder, ni la piedra iman aderezada con embelecicos, ni las monedas, naipes, habas y otros embustes, que no nombro por infames. A todo le falta fuerza, que por sí no la tienen, que son criaturas; el Criador es el que todo lo puede; llámale, doncella, y pídele remedio, que él te crió, y no te tiene olvidada; no te creas de manifiestos enredos y tramoyas. Y la casada mire en la obligacion que está, y tome el consejo de su padre espiritual, que otra cosa la saldrá á la cara por fin, pues fin tiene todo.

Y tú, rapandera y tramoyera, enredadora y alcahueta, cuenta tus trastos y herramientas, y saca el rosario, y mira que tienes alma, y que la juegas á la primer quínola sin descarte, y te veo con infames cartas en las manos. Restituye cuanto tienes, que todo es mal ganado, si lo has ganado del modo que he dicho, que adquirido con trabajo honesto, libre de mi granizo, Dios te haga bien con ello, y á mí con su gracia.

DISCURSO IX.

El hombre que recibe beneficios y mercedes ha de ser agradecido á su bienhechor, que el agradecimiento es guarda del bien recibido, y siendo de persona superior, razon natural que obliga es que sean las gracias con obediencia y respeto. A todo hemos faltado, dijo Onofre, pues estando á la puerta de la que aboga por el hombre, no hemos entrado á darla gracias del bien recibido, siendo el Buen Suceso de los hombres. Bien has reparado, respondió Juanillo, que divertidos con el afan del mozo del doctor no atendimos á la obligacion; y pues estamos cerea, vamos, visitaremos su santo templo, y te holgarás de verle. Fueron, y despues de haber hecho oracion, al salir vieron un hermano de la casa que con una moza estaba en diferencias, siendo causa de que Onofre preguntase á su amigo qué era lo que litigaban. A lo que Juanillo respondió: Escucha sus razones, que ellas te sacarán de dudas; con que atento Onofre, oyó que el hermano decia así: Ya la tengo buscada una comodidad de una casa honrada; es marido y mujer, dan diez y seis reales cada mes, buen sustento, y lo mejor es que no hay á qué salir de casa, porque el señor compra de comer, y las menudencias necesarias están por junto. Fuego, respondió, ¿qué tal debe de ser amor tan mezquino, pues no fia de una criada? Para mi humor no es casa, que yo no quiero tanto emparedamiento, y yo no soy buena para monja. Despidióse con esto, y Onofre dijo á su amigo: Sin duda, Juan, este hermano acomoda mozas de servicio. A que Juanillo respondió que sí, que atendiese qué llegaba otra. Era una destas de manto remendado, guantes cortados los dedos, gregorillo de puntas, saya de rasilla, mas arrugada que hoja de breton, con el rosario en la mano, dándole vueltas á la muñeca. Preguntó al hermano: ¿Hame buscado comodidad? A quien el hermano res-

pondió: ¿Qué comodidad quiere que la busque, si á cuantas la procuro pone dificultades y achaques? Si es hombre viejo, dice que será impaciente, cansado y pegajoso; si mozo, que no es casa segura; si casado, que será celoso, y luego lo pagan las criadas; si hay hijos, que no es bueno traer niños á cuevas: á todas pone excusa; váyase con Dios, que para ella no hay casa como la de San Juan de Dios. ¿Qué casa dice, hermano? replicó la fregatriz; y el hermano algo enfadado la dijo: La sala de las unciones. Fuése, y apenas se apartó cuando con unas cumplidas reverencias, sin agobiar el cuerpo, muy chupada de faldas y fruncida de mantilla, muy abultada de pechos y carrillos, se llegó una de las que juran en la cruz de hierro de no ser castas en Castilla; y sin perder las reverencias á cada razon, como cojo sin muleta, le dijo al hermano si la queria buscar una casa donde criar, porque estaba recién parida y se le habia muerto la criatura. El hermano, despues de haber mirado aquella alcuza en basar de tetas, la dijo: Vaya la señora Dominga, y pregunte por la Inclusa, que allí van las de su tierra á hacerse la leche. Fuése sin perder las reverencias, y al hermano, al ir á entrar en la iglesia, le detuvo una mujer de buen hábito, preguntándole si conocia á la moza que la envió tal día ó sabia quién era. El hermano la respondió que no, que á ninguna de cuantas acomodaba conocia, que era cuidado que habia de tener quien la recibia, que á él no le tocaba. Pues sepa, dijo la mujer, que se lo pregunto porque se me ha ido, y se ha llevado un vestido de mi marido; y así, le suplico, si acaso la ve ó sabe della, me avise. Dióla palabra de hacerlo, con que la mujer se fué algo consolada.

¿Qué de lances deben de pasar destes en Madrid! dijo Onofre; á quien respondió Juanillo: Tantos, que el querer referirlos fuera desatino; ya no hay mozas de servicio, que se acabó el ser en ellas, y solo las quedó el vicio; ya son damas, y las damas tienen mozas sobradas, porque las dejan salir con cuanto quieren. Aquí llegaban los dos amigos, cuando, volviendo á mirar al hermano, le vieron reprendiendo á una muchacha porque habia dádose al vicio, á quien decia así: Venga acá, ¿cómo ha dejado la casa que la busqué? ¿No repara que en ella se puede aprender virtud y honestidad, que no faltaba el sustento? No repara que menospreciar la honrada comodidad por la vanidad del mundo es falta de juicio? No ve que la virtud es un linaje celestial y que es solo lo que da hartura y bienes de gloria? No repara que ese traje mundano la llevará al paradero donde van otros de su trato? Mire que la falta de las cosas temporales hace crecer el bien interior en el alma, que es diferente hartura que la del cuerpo. Mire que una enfermedad, negando la salud, borra la hermosura y consume la hacienda. Recójase, que es lástima que una mujer, hija de buenos padres, ande en los pasos que anda; y si me da palabra firme de la enmienda, la ofrezco volver á la misma casa. La picarona, enfadada de tanta reprension y documentos, con gran descaro, echando el un pié delantero, meneando

el cuerpo, puesta en jarras y la cabeza algo torcida, le dijo: Hermano, ¿predica? ¿Piensa que soy algun hereje? Vaya á emplear esa habilidad al Japon, que yo no necesito de su doctrina ni ofrecimientos, que tengo lo que he menester, y no carezco de servir, que soy servida y regalada. El hermano, enfadado de ver tanta libertad en pocos años, levantando la mano, le dió una bofetada muy á su gusto. Ella levantó las quejas, que llegaban á las nubes, y el hermano, sin hacer caso, se iba á la iglesia. Llegó alguna gente á las voces de la moza, y entre ella algunos desos de toalla por la cintura, colete á la vista, y calzon sin abrochar las boquillas, porque se vean los de lienzo, sombrero blanco y medias de color. Preguntáronla, con su acostumbrada arrogancia, quién la habia enojado, y ella, con el favor á la vista, empezó á formar razones contra el hermano; pero él con mas justa razon, algo colérico, asiendo un palo de un ciego, se fué á ella, que si no huye, es peor que la bofetada. Buena salud tengas, y mala á quien mal le pareciere, dijo Onofre, que en gente de razon siempre pareció bien la justicia, pues podian ablandar las razones del hermano á un corazon de piedra; y miren con el desahogo y sobrada desvergüenza que le respondió; solo me espanta que este hermano no se canse en un ejercicio tan mal agradecido, que no tendrá mas de quejas de todas partes. Así es verdad, respondió Juanillo, pero como lo hace por Dios, no lo tiene por enfado; porque el que se mueve á la caridad y amor de su prójimo, sin humano interés, jamás se cansa. Razon cristiana es, replicó Onofre, y pues no te enfada el que te pregunte, dime por tu vida á qué entran estos pobres en la iglesia tan afanados y presurosos. Yo te lo diré, y para que admires, prosiguió Juanillo, una caridad no creída, entra, y verás cómo socorre á estos pobres otro pobre, que aunque la piedad toda es en sí maravillas, en algunos luce mas lo fervoroso del espíritu que en otros, como en este hombre, á quien aguardan estos pobres mendigantes. Con facilidad se movia Onofre á ver lances piadosos, pues así que oyó á Juanillo, entró en la iglesia, y á poco tiempo vieron entrar un hombre de buena edad y humilde hábito, que despues de hacer oracion y besar la tierra, se levantó, y fué á los pobres, que ya venian á él todos haciéndole reverencias, á quien con rostro alegre saludó, diciendo: ¿Qué hay, hijos? Ya Dios ha dado hoy para mí y para vosotros; y así, razon será dar al César lo que es suyo. Ya he comido yo, perdonad que haya sido sin vuestra compañía, pero creed que la imaginacion os tenia presentes. Y sacando de un paño blanco alguna comida, la fué repartiendo entre todos; y lo mismo hizo de algunos cuartos que traía, y luego al mas necesitado le dió unos zapatos que le habian dado á él.

Si el obrar bien ó mal del hombre se ve premiar al fin, por la regla del juicio divino, buen pleito tendrá este pobre en el tribunal de Dios. Este estado no es de los que se convierten en nada ó en vanidad, que todo es uno; no es este obrar del mundo, que aun no llega á ser humo; este obrar y este estado de vida en el cielo

asiste entre los justos. Entre sí repetía estas razones Onofre, cuando un pobre le dijo: ¡Ah, señor, cómo se conocen los bien nacidos en las obras! A que respondió con rostro severo: No gastes otra vez el tiempo en acordarme de vanidades de linajudos; á quien sustenta él soy, aunque ande vestido de necesidad; solo me habeis de acordar el estado en que estoy y en el fin tan cierto que nos espera, que así me darás contento. Al hombre próspero en los bienes del mundo, que primero fué pobre, á ese sí que es razon acordarle lo que fué, para que no acaricie á la soberbia, ni la admita en su casa, sacando ejemplo de la flor mas hermosa que produce la tierra, contemplando en la azucena tanta belleza y fragancia, que así que su boton se halla crecido, antes que esparza su riqueza, le inclina á la tierra, y mira la miseria de que ha nacido, y al pié de sus principios mira su fin; pues si atrevida mano no la corta, la ha de servir un mismo lugar de cuna y ataúd; y mirando que los pañales en que nació la ofrecen mortaja, no se desvanece, que pudiera con tanta hermosura; y así, otra vez tened cuidado, y quedad con Dios hasta mañana, que ya sabeis que las tardes me voy á los hospitales á ver trabajos, enfermedades y miserias, á que nace sujeto el hombre, que allí contemplo en un espejo, que me representa mi rostro propio, y lo que soy sin engaños, y pues para hoy ha dado Dios, pedidle para mañana, que obligacion es.

Fuése con esto, quedando los pobres dando mil gracias á Dios, alabando tal caridad. Mira qué tal es este hombre, dijo Juanillo á Onofre, que aun los de su oficio dicen bien dél. Todo lo merece la caridad, respondió Onofre, y de cuanto he visto en este lugar no me ha gustado cosa como esta limosna dada por mano de un mendigo; que con lo que aquí ha repartido á pobres se podia sustentar y lucir alguno; pero él no hace caso de lo exterior, solo mira á lo interior, que es el alma. Pues has de saber, dijo Juanillo, que ha sido hombre de muchos ducados y de grande caudal en ganado; y por haber fiado á algunas personas, que le movieron con fingida necesidad y encubierta traicion, se halla hoy como ves; pues otro Job, con la paciencia que has notado, visita algunas casas donde le conocieron y socorren, que no es poca dicha en este tiempo el que no desconozcan pobre al que conocieron rico, pues es cierto el que desfigura la pobreza notablemente, y sé por muy cierto que en algunas casas le recogieran y regalaran; pero dice que no es solo él al que han de sustentar, que tiene muchos hermanos á quien acudir, y en sustentando su persona con moderada comida, reparte lo demás, como has visto, siempre con un mismo semblante. Amigo Juanillo, dijo Onofre, admirado estoy de lo que veo en este lugar, pues todo él es maravillas; no en balde le alaban las extranjerías naciones aclamándole Madrid, madre de pobres. Y pues ya es hora de dar al cuerpo su ordinario sustento, guía, amigo Juan, donde comamos, y sea en parte que haya poca gente, pues hay muchos que dejan de comer por notar las acciones que hace el otro mascando, y le cuentan

los bocados, como si tuvieran arrendada la alcabala del mascar. Hizolo Juanillo á una casa que guisan para los que huyen de los mal cocinados hodegones; y así, llamada á estas casas particulares de la gula. Sentáronse, y fueron servidos con lo que pidieron, y estando cerca de los fines de su tarea, vieron entrar tres hombres de buen pelaje; y sentados los dos, el otro ordenó lo que habian de beber, y luego se sentó. El uno no quería comer, y los otros le decian por qué no hacia compañía y comia, á lo que respondió: Amigos, yo he de ir á comer á mi casa, y si ahora tomo algo, no tendré gana despues; á lo que otro dijo: Pues á mí solo me sabe bien lo que como por acá fuera, que en entrando en casa, luego empiezan las mujeres con sus reprensiones y documentos, con que se hace rejalar cuanto sacan á la mesa; y yo, por no dar á la mia con algo que le duela, he dado en comer por acá fuera los mas de los días. El otro, que faltaba de hablar, dijo: Pues yo, aunque como aquí, tambien he de comer en casa, que está mago hay para todo. Dábanle, al que no quería comer, vaya entre los dos, importunándole á que comiera; pero él se excusaba con los medios posibles, diciendo: Para mí, amigos, no hay gusto como ir á mi casa y sentarme á la mesa con mi mujer y mis hijos y comer un bocado, y mas yo que soy poco comedor; si aquí como algo, no tendré despues gana; perdonad, que yo me he de regir deste modo. Famoso capuchino haceis, dijo el uno, sin duda teneis miedo á vuestra mujer; andais bien, no os azote. El otro le dijo: Si lo dejais por no traer dinero, mal haceis, que aquí no hemos menester nada vuestro. A todo el hombre se armaba de paciencia, diciendo: Sea lo que vosotros quisiéreis, que yo no he de salir de mi regla. Quien tan bien la guarda, replicó el uno de los dos, lástima es que no sea fraile. Ya Onofre y Juanillo habian acabado de comer, y saludando á los tres, salieron fuera.

Este hombre que no ha querido comer, dijo Onofre, es tonto, porque conociéndole la condicion, hace mal de acompañarse con otros de diferente calidad que la suya. Si se conoce templado en el comer y beber, ande con otros de su humor, y con esto no llegará á semejantes lances como este. Es verdad, respondió Juanillo, pero no todas veces se puede excusar una compañía, ó ya por andar juntos en algun negocio, ó por otros mil lances que se ofrecen. Bien estoy en que eso es así, replicó Onofre, pero antes de llegar á lo apretado de semejantes ocasiones, puede poner un hombre muchas excusas; y lo que mas he notado ha sido la desenvoltura en las lenguas de los dos, sin reparar en que los escuchaban otros, y dejarse decir el uno que tenia por estorbo el que su mujer le reprendiese lo malo de su condicion, y diga es parte para no comer en su casa. No te espantes de lo que has oído y visto, dijo Juanillo, que otros hombres hay en Madrid peores que estos; hay muchos ó algunos que, despues de haber comido con quien han querido, ya como estos que has visto, ó en otras partes peores, donde el demonio trincha y da de beber, haciendo la salva, van á su casa con un rostro

DISCURSO X.

De las cosas mas convenientes que tiene un lugar grande ó pequeño es el maestro de niños, pues es el principal instrumento que enseña prudencia, respeto y temor, y así debien los tales maestros ser gente de sana conciencia, virtuosos y verdaderos; conviene que no sean avarientos, pues el avaro siempre anda falto de consejo; tampoco debe ser ambicioso, pedidor ni son-sacador de sus discípulos, pues siéndolo, da lugar para que se atreva el niño á cosas indecentes, por agasajar á su maestro; ni ha de ser durable en el rencor, pues es juez de una tierna república. Debe ser su doctrina ejemplar, y sus razones llenas de doctrina, pues en serlo consiste el que lo sean muchos y cuando mas colérico se ha de reportar; y de mi parecer el mas aventajado es el mas desinteresado, que sabe mezclar lo justiciero con lo piadoso, acordándose que el rey de las abejas tiene agujon, pero no liere jamás con él; basta el miedo que pone de que puede ofender si quiere.

A la puerta de uno llegaban Onofre y Juanillo, á tiempo que con voz grave decia á sus discípulos: Lean con cuidado, y tengan atencion en la letura, para que les aproveche. Licion es esta, dijo Juanillo, para gente de mas edad que estos niños, y en particular para aquellos que toman un libro que tiene cincuenta pliegos, y en dos horas le pasan, y dicen que tiene poca sustancia su escritura, y es solo su gusto de la poca sustancia. Mal puede tomar las señas de un camino el que le anda á escuras y por la posta; ¿qué provecho puede sacar en tan breve tiempo, y qué reparo hará en sus razones? Qué doctrina dejará impresa en la memoria? ¿Cómo podrá contar algo de lo que ha leído? Pero hoy los mas gustos solo buscan en un libro chanzas y cuentos, sin reparar que los cuentos y chanzas son sainete para que se lea la licion, que liere en la mala vida y costumbres. Mal gusto tiene el que, cuando come una cosa de sabor, la traga á medio mascar; haciéndolo así, poco gusto dejará en el paladar; con el sosiego y la quietud se goza de todo, y se experimenta el sabor y dulzura de la obra, que lo atropellado jamás dejó provecho.

Lean, decia el maestro, con cuidado, á tiempo que llegó una piadosa madre con un hijuelo que de muy mala gana iba á la escuela, aunque la madre le obligaba á poder de caricias y ofrecimientos. Entró dentro, y sin saludar al maestro, le dijo: Este niño ha cobrado miedo á vuestra merced, y sin duda es la causa el que le azota; no haga tal por su vida, ni me le dé por causa alguna, que si aprendiere tarde, mi dinero lo paga; y sepa que me ha costado mucho trabajo el criarle, y no quiero que nadie me le dé ni castigue. Ofreciólo el maestro, aunque primero la dijo mirase que la letra en la tierna edad se imprimia con el castigo ó la amenaza, segun el sugeto, y que conociendo aquel niño cariño demasiado en sus padres, y templanza en su maestro, no haria nada de provecho, y que su oficio era enseñar, y la brevedad en ello le daba crédito, y para conseguirle era menester riguridad, cuando la ocasion lo pedia. A todo

de bermellón y unos ojos de gato encerrado; su esposa le espera vigilante, tiene la mesa puesta con aseo y limpieza, dícele que cómo viene tan tarde á comer, y él sin responder palabra se sienta á la mesa; empieza á partir mucho pan, que como no está en lo que hace, hace cosa sin medida. Sácanle la olla, ó lo que en ella se ha cocido, puesto en un plato; no quiere potaje; prueba algo de la verdura, y dice: ¡Jesus, que salada! fuego en tal mano. La mujer se pone triste, prueba tambien, ve ó gusta que no tiene mas sal de la que ha menester, y dícele que no tiene razon, y él la mira con unos ojos de enojado vengativo; pide de beber, dánsele; llégalo á los labios, y dice que de dónde han traído aquella hiel y vinagre. La mujer conoce la mala gana que trae, que no es la primera vez, y trata de comer y callar; y él como ve la quietud con que masca, empieza á gruñir, y ella con sobrada razon le responde algunas palabras que sin fundamento alguno le oye decir; él se enfada, porque ha menester poco; y con cuanto hay en la mesa da en el suelo. Si la mujer levanta la voz, él levanta la mano, y la da de bofetadas. Ella, entre afrenta, dolor y lágrimas, arroja palabras de sentimiento que encerraba su pecho; y él mohino, como ya quitó la cólera en su pobre mujer, repara en que no ha tenido razon; y como ella no cesa de arrojar quejas, él toma la capa y se va. Y por no cansarte, no hablo de otros peores que este, que hay muchos de grueso caudal, que por hacer fuera de casa gastos excusados, se ven muchas veces sin tener que llevar á la boca, siéndoles fuerza el ir vendiendo las alhajas que adornan la casa, hasta que la dejan como ermita de desierto, y ellos andando el tiempo, y gastándole de este modo, se hallan penitentes de Satanás, solo por seguir un infame gusto, sin reparar que tienen mujer que sustentar, y que mal comida, sin tiempo, faltándola la compañía de su marido, y mirándole distraído, y viéndose ultrajada, puede como frágil hacer lo que el perro, que le cria uno en su casa, regalándole y defendiéndole de que nadie le dé, ni otro perro le muerda; pasa un día, y otro día estrágale el gusto; enfádase con él, y dale de palos ó puntapiés, con que el perro va cobrando miedo á quien solia hacer fiestas, y tal vez muda de casa y de amo, buscando donde no le castiguen y dén de comer; y si el hombre perdido da ocasion á que su mujer haga lo mismo, mire que enojada es peor que el perro, que este animal no hace mas daño que irse sin llevarse nada, y la mujer si se aburre le hará participante en el mayor mal que pueden tener los hombres.

Y así, amigo Onofre, aunque estos hombres que has visto no son de los mejores, puede ser que no sean de los peores, pues es cierto que habrá otros mas malos; y el que quisiere vivir quieto, como Dios manda, mídase con su poderío, y obré con quietud, amor y temor, quietud y amor en su casa, y temor en la muerte, como varon discreto, pues el que lo es se viste de prudencia, y conoce que es mortal, y como tal se mide en sus acciones y obras, y repara que todo mira al fin.

decía la madre que no quería que le llegase al pelo de la cabeza.

Mujer ó madrastra, que mas lo pareces que madre, ¿sabes lo que te toca hacer en la enseñanza deste hijo que te ha dado el cielo? Sabes lo que te manda Dios que obres en su crianza? Pues respóndeme á estas preguntas.

Si con esas alas que das á tu hijo, asegurándole que no será castigado, saliese de mala inclinacion, dado al vicio, ¿quién tendrá la culpa? Si con ese demasiado cariño que le muestras, llegase á perderte el respeto, pues el amor maternal en la edad crecida no es tan fino como en la tierna, ¿á quién te quejarás? Si confiado en que el maestro no ha de ofenderle, no asiste á la escuela y se da á vicios, conforme la edad, y aun se anticipa en ello, ¿quién lo pagará? A esto respondes que tu hijo es de buena masa, y la inclinacion no es mala; por eso tú lo vas bastardeando, segun tus obras.

Juega uno con un perro, que ha criado en su casa, vale retozando y cosquillando, porque ya lo ha hecho otras veces, y gusta de ver cómo se enfurece y procura defenderse de las burlas de su amo. Descuidase con el animal, y enojado, como se ve querido, se atreve á abrir la boca y atravesar con los dientes una mano á su dueño, de que muchos dias está manco. Los que le asisten dan al diablo al perro, y el impaciente dice que no tiene el perro la culpa, que él la tiene; dice bien, que si él no le hubiera enseñado á que entre las burlas del retozo mordiera, el animal no sabia, y él se lo enseñó. Así tú á ese niño le vas haciendo que pierda lo dócil y se pase á desabrido, porque conoce que le quieres, y procuras traerle en caja como joya, retozándole con cariños. Que se quieran los hijos, obra es de la naturaleza, pues el animal mas horrible los quiere, pero lia de ser el querer de modo que no lo conozcan, y criarlos con temor y respeto, y no dejarlos seguir su humor, con esas alas que cortan el hilo á la virtud mas que las del vencejo al aire. No hay cosa que mas destruya á un enfermo que no obedecer al buen médico, pues si solo sigue su apetito, atraerá un mal gobierno, y el mal gobierno la perdicion. Y así, antes que los hijos lleguen á mediano conocimiento, los has de tener enseñados á que con un mirar de ojos te entiendan y obedezcan, y será entonces en él muy suave la doctrina, pues el saber obedecer es gran virtud. Querer verdaderamente á los hijos, dice un filósofo, es el criarlos de modo que los quieran todos, obligando á ello su cortesía y afable condicion. Al águila noble, en la edad crecida, la sobrevienen tres enfermedades. La primera, se le hacen pesadas las alas; la segunda, se le oscurecen los ojos; y la tercera, se le embota el pico, con que queda imposibilitada de volar, ver ni picar, faltándole alientos y vista; todo esto causa la enfermedad ó la vejez; pero procura su renovacion, y lo consigue, como ya se sabe, retirándose á su nido; allí se está hasta que la nacen alas nuevas y se le aclara la vista. ¿De dónde comiera esta águila, si no fuera dejando hijos bien enseñados, que las presas que hacen las traen á su madre

para que coma y reparta entre ellos lo que sobra? Haz tú así, si quieres tener quien te socorra en la vejez, criando tus hijos con obediencia y amor, para que así conozcan la obligacion que te tienen, y conociéndola, sabrán la que tienen á Dios.

Atentos estaban Onofre y Juanillo á todo lo que habia pasado entre el maestro y la mujer, cuando despedida ocupó su lugar un hombre que tenia un hijo en la escuela, y despues de saludar al maestro, le informó á lo que iba, mandando llamar al que ya, habiendo visto á su padre, cubiertos los ojos de agua, y el aliento impedido de un sollozo, se venia al mismo que procuraba su castigo, y puestas las manos cruzadas, con que por señas dicen humildad, pedia á su padre no le azotasen mas, pues ya le habia castigado en casa. Entonces el padre en voz alta dijo: Para que los que os conocen sepan vuestras infamias, las vengo á publicar á la escuela, que un niño que no hace lo que su padre le manda es razon que sea castigado públicamente, pues el castigo dado en presencia de otros causa vergüenza y atrae la enmienda. Fuése con esto, y el maestro ejecutó la sentencia en aquel tierno reo. Este hombre, dijo Onofre, quiere hijo, y aquella mujer no quiere hijo, segun las muestras que cada uno ha dado. Pero dejando esto aparte, pues para crianza de los hijos hay un sin número de escritos, aquellos dos hombres que ha rato que están en barajas (y en verdad que algunas palabras que se les oye, que son bien pesadas, han de obligar á echarse alguno con la carga) ¿en qué han de parar tantas razones de si pasa la calle ó mira las ventanas, le he de matar? De esta pendencia, dijo Juanillo, alguna dama es la causa. Atentos estaban mirando en qué habia de parar, cuando enfadado uno de muchas razones que habia dejado pasar, habiendo procurado con la cordura posible reportar á su contrario, y viendo que cortesía no bastaba apaciguarle, dándole una puñada en los pechos, sacó la espada, y despidiendo la capa de los hombros, empuñó una daga, y el otro, aun no fuera de algunos traspiés que le habia hecho dar, medio aturrido, viendo venir á su contrario, sacaba piés para sacar la espada virgen, tan léjos de martir, y enfadado el otro, le tiró dos cintarazos, rematando con ponerle la espada á los pechos, dando con él y su miedo en el suelo. Dejóle levantar, y habiéndolo conseguido, aunque con harto afán, le volvió las espaldas, á tiempo que alguna gente que habia llegado procuraba la paz. Cobróse el de la espada y daga, y arrojándolas en sus vainas, fué en busca de la capa, pero no la halló, quedando soldado de la quiebra pasada. Buscábala con cuidado, pero ni cuidado ni diligencia bastaban á dar con ella. Este hombre, dijo Juanillo, habia de ir á buscar su capa á los ropavejeros, que allí van á parar las cosas halladas, que en este mundo nada se pierde, sino es el tiempo. En fin, se metió en una casa en el ínter que le trajeron capa, y Onofre dijo á su amigo Juan para qué gastaba tanto bálago aquel cobarde, si no habia de ser hombre para sustentarle, habiendo quedado avergonzado, sin tener brios para echar al aire aquella hoja cartuja. De eso no

te espantes, respondió Juanillo, que él solo puede decir y los cercanos á él si acaso aquella cólera paró en blandura, y la empleó en pichones bravos; así las agujetas, fiadoras de los calzones, quebraran la fe del lazo y manifestaran la verdad; que yo apostaré que ha quedado como niño de la doctrina despues de un entierro, que nunca les falta cera que vender. ¿Ves este cobarde? prosiguió Juanillo, pues toda esta pendencia, sin ser sastre, ha de volver lo de dentro afuera, que estos gallinas con cresta de gallo tienen bravas puntadas, y para que sepas algunas, que usan muchos venedizos á este lago, como buyendo del charco dondè cantaban reuacujos, atiende.

Hay hombre destes valientes en conversacion que por haberle faltado un boton en parte menesterosa, suplen la falta con un alfiler, y como su oficio del alfiler, asir ó arañar, descuidándose del lugar que ocupaba, pasa la mano y se hiere; duélele, y procura sustentar aquel duelo con una banda, y mas lo hacen por quitar aquel estorbo del lado izquierdo. Tópale un amigo, y como le ve así, le pregunta: ¿Qué es eso, Fulano, herido estais? Y él responde: No es nada, ahí es cierta pendencia que sucedió estotro dia; ¿no ha llegado á vuestra noticia? No, responde el tal amigo. Pues habréis de saber, dice el herido, que me acometieron cinco hombres estando hablando con una mujer de las de mucho punto deste lugar, y si no fuera por la destreza y andar un hombre bizarro, por Dios que me hubiera ido mal; en fin, se dispuso bien; dos dicen que hay heridos, y yo ando medió retirado, hasta que se dispongan las cosas; todo se acabará con el tiempo. Y la herida vuestra ¿es algo? pregunta el tal amigo. A quien responde: No, yo mismo me heri al ir á hacer una treta con la daga, que de tretas tienen estos perrillos caseros, que todo su ser es ladrar, sin salir del umbral de su puerta. Todo se puede llevar, prosiguió el herido, con el cuidado de la dama, que obligada á lo bizarro, que ya sabréis que estas mujeres se pagan de los valientes, me socorre con todo lo necesario. ¿Que en tales ocasiones, dice el tal amigo, no se halle un camarada al lado del otro, por vida de tantos y cuantos! Pero en verdad que todos andamos de mala, que á mí me sucedió anoche un enfado harto grande; topé la ronda en que iba un alcalde de corte con ocho ministros, y el mas alentado, que bien le conocéis, me quiso quitar el broquel; defendíle, y le hice servir; unos rodaban, y otros, por no rodar, huían; no he sabido cuántos heridos hay, porque mi espada no se descuidó, y hasta saberlo anda un hombre á sombra de tejados, porque no le echen la mano. Y el que cuenta esto, mas cobarde que Sardanápalo, por haber oído decir que andaban ladrones en el barrio, cobró tanto miedo, que se recogió con sol á su casa, y aun no se contentó con la cerradura ordinaria, pues adelantó á las guardas de la puerta una tranca, sin dormir en toda la noche de miedo que le dió una puerta que se meneaba con el aire que hacia. Crédito se puede dar, dijo Onofre, á lo que has contado; pero espántame el que haya tales hombres que no se aver-

güencen de haber nacido. Pues cree que los hay, prosiguió Juanillo, y en este lugar venden ellos sus drogas, sin ser deste lugar, que nacieron fuera, y vinieron en canasta con red, como quien son. Esa razon aguardaba yo de tu boca, replicó Onofre, como natural deste mundo abreviado, que de otro modo anduvieras mal. Pues cree, dijo Juanillo, que nó es la pasion la que mueve mi lengua, sino la verdad, y para que lo creas, te diré las ocasiones que hay para que no sean cobardes los hijos deste lugar.

En todos los barrios ó en los mas hay maestros de armas, y donde no, no falta un aficionado que tiene espadas negras, y se huelga que las vayan á jugar, y apenas pasa el varon de los doce años, cuando el deseo de saber le mueve é inquieta con la golosina de tirar cuatro palos en un juego público; y así, el ejercicio de las armas es fuerza que destierre el temor, como las letras lo simple del hombre; y si haces reparo, verás traer la espada ceñida en tierna edad á todos los mas, siendo primera causa lo que he dicho; y luego que les entró el amor con facilidad, como hay tanto sobrado á qué mirar, y en habiendo amor, no se excusan lances honrados, engendrados del qué dirán. Y así, no hay alguno que no sepa sacar la espada en viendo la ocasion, y se ve muy de ordinario en juegos públicos mozos oficiales deste lugar jugar con tal aire y destreza, que puede la admiracion usar sus extremos, como lo hace, cuando cosas grandes son el principal motivo; y no me negarás que el que sabe jugar la espada negra sabrá sacar la blanca y plantarse con aire y defenderse con brio. Así es, dijo Onofre, y afirmo por verdad lo que has dicho, pues en los castillos y plazas fuertes no hay mas ejercicio para el soldado honrado que el ejercitar las armas, para que habituado no le coja inhábil la ocasion de la campaña. Es verdad, replicó Juanillo; si no fuera tan menesteroso el ejercicio de las armas que se manejan en la paz, no tuvieran los reyes y príncipes tan grandes como ha tenido nuestra España maestros científicos en este arte con quien ejercer lo belicoso, que establecer lo contrario fuera querer oscurecer la gloria que á los pasados se les debe en dejar á luz, vista de todos la verdadera destreza, que sus nombres la fama los burila en las hojas del libro de la inmortalidad, pues á ellos se les debe la primera luz de la razon, y á los destes tiempos tantos reales de su noble desvelo, hijo de bizarro aliento, en fin, español, que merecen, por la continuacion de su ejercicio, á quien mueve solo el deseo de la enseñanza, que los mármoles y bronzes ofrezcan planas á las grandezas de sus obras.

DISCURSO XI.

El animal mas humilde, doméstico y leal que crió la naturaleza es el perro, y así con halagos mueve á que le den el hueso roido, y con él se contenta; pero el leon ambicioso, aunque haya cogido entre sus espantosas uñas la liebre, si ve pasar la cabra montés, suelta la presa humilde por la otra mayor, movido de la ambi-